



Lahija se Zecimaće

NO.4

Editorial

Director Editorial

Gustavo Estrada Naranjo

Subdirector Editorial

Quetzal Adrian López González

Equipo de corrección de estilo

Pablo Vazquez, Iyeraldine, Desireé Paéz Torres, Leslie Elizabeth Adán Flores, Jordan Ferrerira (El Hacedor de Viudas)

Equipo de Ilustración

Dana Victoria Barojas Hernández, Luis Mario González Morales, Andrea Vanessa Martínez, Deni López, Mario Paco Garzón Arriaga, Hanny Gatica

Diseño de Portada

Deni López
Mario Paco Garzón Arriaga

Diseño de Tipografía

Moises Imanol Reyes Aguilar

Curaduría Editorial

Deni López

ÍNDICE

PINCHE ESTEBAN.....	4
Quédate.....	6
Eres.....	8
No poder.....	9
Perdona Soledad I Soledad II.....	10
A24 Films	11
Aquel que todo lo ve	12
Ciego desasosiego.....	13
Bonito, Lomito, Muertito.....	14
A mi Pelusita	15
Terror en Totolopan	16
La Casa	18
Memoria Natural	28
La canción está sonando.....	29
Cáda ver Exquisito.....	30
Violar a un ruiseñor.....	31
Porque no puedo.....	37
Abrazando mis recuerdos.....	39



¡Pinche Esteban!
Por. Pablo VQZ. F.

Yo sé que estoy aquí por mí. No quiero dar lastima como esos con su cobijita, tirados en la calle y sólo alzando la mano. Mi cobija es esto y Esteban se agarró la chamarra; mi madre era de esas que les gustaba tener chamacos y arrumbarlos.

Trataba de buscar su mirada pero siempre la cubría mirando al asfalto o perdida en la distancia. De repente, por debajo de la manga se sacó unos gansitos, por esos gansitos me habló, y con mucho respeto me dijo:

—Quisiera pedirle para un café y poder pasarme el pan.

—Pero claro, Esteban —le dije.

Me fue inevitable mirar su rostro con atención; cara ovalada, sus cejas tan marcadas, cabello corto, trozado; esa cicatriz sobre su nariz. Esas pupilas a los fantasmas que le azotaban, a sus recuerdos. Sus dientes chuecos, pero con una linda comisura que cerraba su sonrisa. Una pequeña barba de chivo.

—Toma— le pase una moneda de cinco pesos, la tomó y agradeció; me parece tan particular, su forma de burla a los demás vagabundos, su conciencia. Me parece maravilloso como bromeó al escuchar mi nombre y sonreírse, me duele tanto saber que estará esta noche en el frío, saber que él no le guarda rencor a su madre y mucho menos a su padre que no conoce. De sus hermanos tan sólo me dijo que tenía muchos, demasiados como para conocer a todos, su carisma está guardado en sus movimientos, en esa voz aguda, suave.

Me deseó felices fiestas y claro que nos abrazamos, le agradecí de la misma forma que el me agradeció. Antes de despedirse, me dijo que si no podía ir a vivir a mi casa, claro que eso dejó un rastro en mis mejillas.

Esa frase creó una estela de lágrimas que con el frío de la mañana resultaban en escarcha. Mi alma se volvió un témpano. Me fue inevitable sonreír y con alguna lágrima aún arrastrándose por mi mejilla, decirle que no podía. ¡Pinche Esteban!, fue lo que pensé, tan bueno, en esto que es tan trágico. Tan eterno. Eternas sus palabras para mí.

Si quieres conocer la voz de Esteban, si quieres escuchar una voz real, tal vez lo encuentres donde esa mañana la vida me lo presentó. Av. Francisco I. Madero, a la entrada del atrio de San Francisco. Tal vez esa mañana también pida para un café. Si quieres saber si es él, tan sólo pregunta por sus apellidos.

—Esteban, sin apellidos. Mi mamá nunca me registró.



QUÉDATE

Naomi Crystal Aldaco Flores.

Quédate solo un día más.

Quédate como aquella noche.

Quédate, aunque sea difícil.

Quédate sin pensarlo.

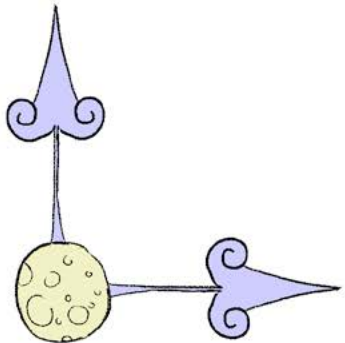
Quédate en mi tormenta.

Quédate en el desayuno y la cena.

Quédate en los días tristes.

Quédate aunque no sepas cómo.

Quédate y ten piedad por mí y mi soledad.



ERES

Naomi Crystal Aldaco Flores

Ese abrazo que necesito para curar mi alma.

Esa sonrisa que llena de luz mis mañanas.

Mi primer pensamiento al despertar

Y el último al dormir.

Mi razón de vivir y seguir.

Aunque suene común, mi otra mitad.

El causante de cada una de mis sonrisas.

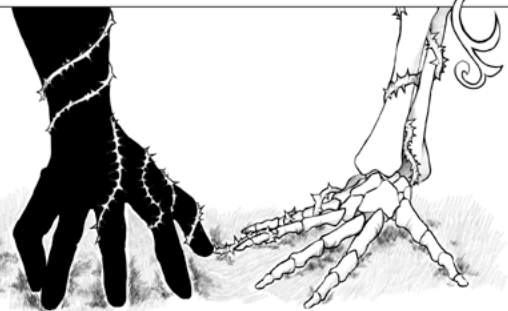
Mi inspiración a cada verso romántico que
escribo.

Eres tú, siempre tú.

En cuestión de minutos comprendí

Que ahora, sin ti no puedo vivir.





NO PODER

Naomi Crystal Aldaco Flores

Sé que no se puede
Porque la edad nos lo impide.
Sé que no se puede
Porque ya tengo a alguien más.
Sé que no se puede
Por el pasado que llevas detrás.
Sé que no se puede
Porque te amo pero también a él.

Tantas son las razones... no debería amarte
Pero aún así lo hago, es inevitable.

Es inevitable no sentir mariposas cada vez que me abrazas
Y tú cuerpo le da calor a mi alma.

Es inevitable no pensar en ti las 24 horas,
No verte en mi sombra...

Es inevitable no emocionarme siempre
Al saber que veré tus ojos y tu sonrisa.

Es inevitable fingir que al final
No me enamoré de ti.

Ilustraciones por Dana Victoria Barojas Hernández



PERDONA

Naomi Crystal Aldaco Flores

Perdona mis problemas.
Perdona no ser suficiente.
Perdona las peleas.
Perdona ser tan ingenua.
Perdona las lágrimas.
Perdona que ya no pueda.
Perdón... Perdón... Perdón...

SOLEDAD I

Naomi Crystal Aldaco Flores

Esa que necesito en un día descontrolado.
Esa que ayuda a calmar las emociones.
Esa que se siente en el pecho sin doler.
Esa que se volvió mi gran compañía.

SOLEDAD II

Naomi Crystal Aldaco Flores

A todos nos duele, pero a veces ayuda
No siempre es enemiga, también es consejera
La necesitamos más de lo que pensamos
Al final no estamos solos si la tenemos a ella



A24 Films Cultura general para el futuro?

Karen Ailín Reséndiz González

A24, una productora y distribuidora independiente de cine, tuvo sus inicios en agosto de 2012 cuando tres amigos dedicados a la inversión, Daniel Katz, John Hodges y David Fenkel, viajaban por la Autopista Autostrada 24 (A24) en Roma y decidieron renunciar a sus empleos para iniciar el proyecto que hoy conocemos. Más allá de solo ser reconocida por los directores o actores populares, A24 representa una esencia especial que ha impregnado al séptimo arte.

La productora fue fundada con dos propósitos claros: otorgar a los directores un control creativo sin precedentes y alejarse del marketing tradicional, evitando la viralidad intencionada. Gracias a estos objetivos, ha superado a gigantes de la industria como Universal o Paramount en más de una década, asumiendo riesgos y apostando por películas que desafían convenciones narrativas y abordan temas complejos en una variedad de géneros. Esta ruptura con la monotonía y la predictibilidad ha marcado su camino hacia la innovación cinematográfica.

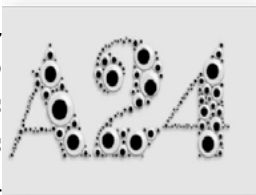
Las primeras dos producciones de A24 fueron un impulso significativo para su trayectoria. La primera, “A Glimpse Inside the Mind of Charles Swan III” (2012) dirigida por Roman Coppola, les permitió firmar un contrato con Amazon Prime, mientras que la segunda, “Spring Breakers” (2012) de Harmony Korine, generó un considerable interés gracias a sus escenas que se convirtieron en memes en su momento. La viralidad alcanzada fue tan notable que Los Angeles Times destacó al estudio en un artículo, señalando que una publicación en Facebook alcanzó la asombrosa cifra de 20,000 likes. Las producciones más recientes continúan sorpren-

diendo a la audiencia y algunas son reconocidas como títulos importantes en diferentes géneros. Películas como “Hereditary” (2018), descrita como “la película más terrorífica de los últimos tiempos”, han consolidado el nombre de directores como Barry Jenkins, Greta Gerwig, Ari Aster, Robert Eggers, Yorgos Lanthimos y The Daniels, quienes han contribuido al éxito de A24 con sus obras.

Este enfoque en otorgar un control creativo sin precedentes a los directores ha sido fundamental para el éxito de A24. Más allá de la pantalla, han cultivado una comunidad de admiradores apasionados que valoran la originalidad y la autenticidad en el cine. A través de la distribución de películas que desafían las normas establecidas, A24 ha enriquecido el panorama cinematográfico contemporáneo e inspirado a una nueva generación de cineastas a seguir su propio camino creativo.

En un mundo donde la industria del entretenimiento a menudo prioriza la comercialización sobre la calidad artística, A24 representa un faro de creatividad y audacia. Su enfoque único y su compromiso en traer nuevos filmes a la industria cinematográfica aseguran que seguirán siendo una fuerza innovadora, inspirando y desafiando a futuras generaciones de cinéfilos y creadores por igual. A24 no es solo una productora de películas, sino un símbolo de libertad creativa y búsqueda incansable de la excelencia en el arte del cine.

Su enfoque único y su compromiso en traer nuevos filmes a la industria cinematográfica aseguran que seguirán siendo una fuerza innovadora en la industria del cine, inspirando y desafiando a futuras generaciones de cinéfilos y creadores por igual. A24 no solo es una productora de películas, sino que también es un símbolo de la libertad creativa y la búsqueda incansable de la excelencia en el arte del cine.





Aquel que todo lo ve

Desierré Paéz Torres

Mi padre solía llevarnos a misa todos los domingos. Era su costumbre y yo era muy joven para decidir. Y este lugar aún era un pueblo pequeño, y no había nada más que ver.

Dios es aquel que todo lo sabe, porque Dios es aquel que todo lo ve. Eso repetía el padre en todas sus misas. Y yo miraba cómo las cabezas blancas de los adultos asentían.

Dios siempre nos está viendo.

Amén.

Yo toda mi vida creí que decían eso porque ellos también podrían ver el horrendo ojo negro fijo en el cielo.

...ese que nunca nos deja de ver.



Ilustración por Barbara Hanny Gatica



Ciego de sosiego
HIQ
Jiménez Linares Eliseo

¡Llévame, señora mía! Dijo el ciego de tristeza
¡Llévame ahora! Pues mi vida carece de simpleza
Llegó la muerte y puso el cuchillo sobre la mesa
Con ella, llegó el alivio del hombre que morir tanto quería
Pues el amor que él tenía, en el pasado quedaría.

¡Llévame lejos! Lejos de mi vida, de mis recuerdos y de mi
soledad

Dame la paz y la tranquilidad que el amor me supo brindar
Pues ya no queda nada de mí ni de la persona que fui
No queda más que la sombra de la persona a la que perdí.

La huesuda compadecida del hombre desahuciado
Pronto le habría contestado

No te eh de llevar, no por odio ni por desprecio
Sino porque tu camino no está hecho
Hoy estás ciego

Más no de tristeza sino de sosiego
Vive tú vida, aunque sea un rato
Que yo mientras me llevo al de al lado.

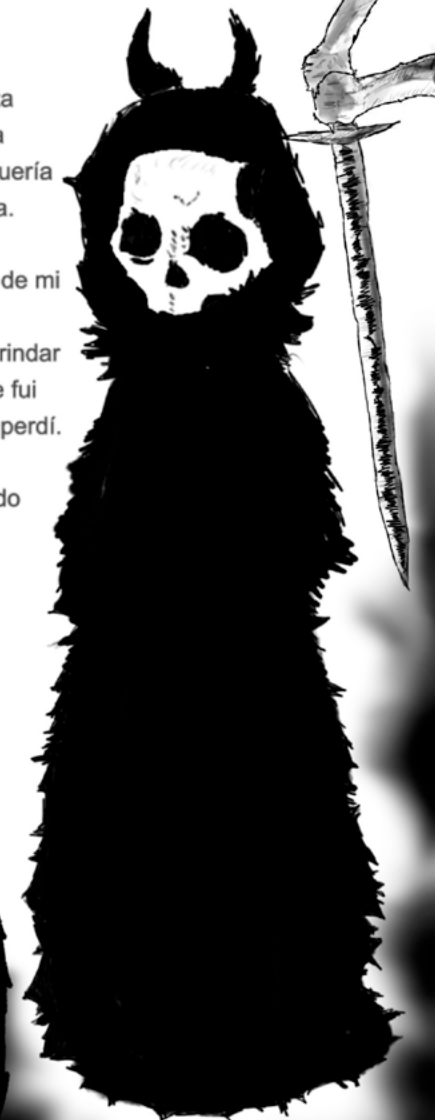


Ilustración por Barbara Torres

BONITO LOMITO, VENENITO Y MUERTITO

Jiménez Vásquez Areli

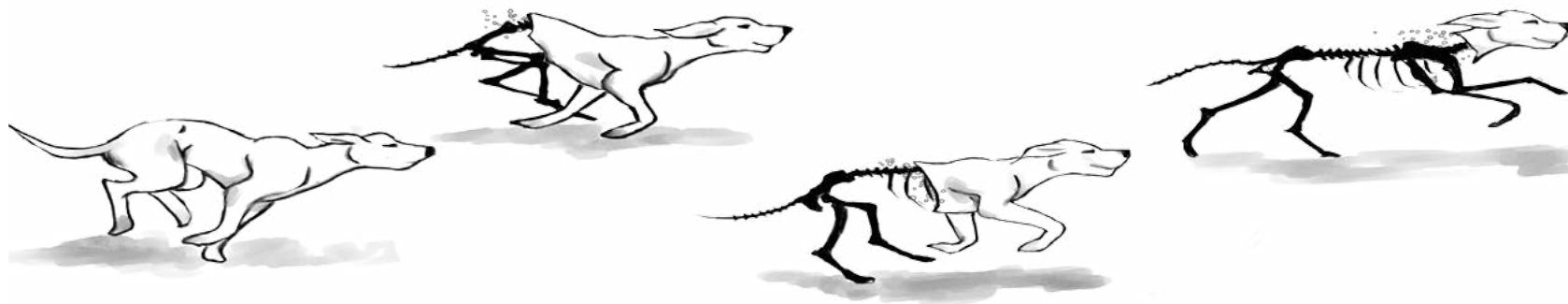
La huesuda, cansada persigue al lomito,
Que suertudo, se ha robado un panecito.

Travieso, moviendo la colita,
Corriendo hacia el altar,
Tira una velita.
¡Mala suerte la tuya!

Ella va a echar a llorar,
Y te mandará a levantar
Los vidrios rotos del altar.

Mientras tiras sollozos por ti
Ella te va a consolar y te dirá:
“Ese pan será el que te matará”
Pues cagada de risa esta de ti.

Tonto e ingenuo animalito,
No sabe que hay cualquier maldito...
Que algún día, nos llevaremos
Muertito.



A MI PELUSITA

Quetzalli Sofia Cruz Vilchis

La pelusa estaba en el cementerio llorando
Porque a Quetzalli no se había llevado
Cuando; paso la huesuda carcajeando...
Y le dijo cantando ¡sin pensarlo!

¿Qué hiciste pelusa? Gritando
Estaba cocinando y decorando
las tumbas por el orden del comando
para que todos los muertitos llegaran marchando.

De tanto cocinar la pelusa,
A todo el cementerio antojó
A comer tortilla y pan de muerto
Que toda la vida ¡le gustó!

No te hemos olvidado
Siempre estás a nuestro lado
Aunque la huesuda te haya llevado
Con la Pupy nos has dejado.

TERROR EN TOTOLAPAN

Ariana Nicol Alarcón Gante

En un pueblo aislado y pintoresco, llamado San Miguel Totolapan, en el corazón del Estado de Guerrero, donde más valía ir a la cama temprano que arriesgarse a encontrarse con la mismísima llorona, había un miedo ancestral rondando las noches. La llorona, una mujer de aspecto tan espeluznante que susurros sobre ella paralizaban hasta al más valiente, se paseaba por las calles como si fuera un espectro en busca de almas. Todos corrían más rápido que lobo en cacería tratando de evitar el encuentro con esta entidad siniestra. Las cantinas, lugares de algarabía donde se bebe jarra tras jarra de mezcal, antes llenas de risas y canciones, se convirtieron en lugares desolados como si un viento helado hubiera pasado por ahí. Ni los hombres más tragones osaban a asomar la nariz, porque la llorona, ¡esa desgraciada!, no perdía la oportunidad de hacer acto de presencia y, de paso, aguarles el mezcal. Asegúrate de no mirar a su cara, porque dicen que con sólo un vistazo a sus ojos podría condenarte a una eternidad de pesadillas.

Un día, para variar, llegó al pueblo un joven de naturaleza atrevida llamado Juan Gante. Este muchacho, quien había trabajado como bracero en los Estados Unidos durante los años 50, venía con un espíritu más endiablado que el mismo Lucifer en pleno carnaval. No estaba dispuesto a arrodillarse ante una historia de miedo ni aunque la llorona viniera acompañada de los susurros de las almas atormentadas. Una noche más oscura que el alma de satanás, decidió desafiar el mito. Armado con un coraje que haría temblar a los más valientes, se aventuró por las calles de Totolapan. Y, ¡zas!, ahí estaba ella, la llorona, con su lamento estremecedor. Juan, ni corto ni perezoso, la agarró de los cabellos y ejecutó una creencia arraigada en su comunidad que implicaba proferir imprecaciones hacia el diablo, esto con la intención de conjurar su alejamiento y salvaguardar a la gente, o, en términos más coloquiales, mentarle

su madre al diablo para que se fuera. Pero, para su horror, la llorona no se inmutó. Fue entonces cuando Juan se dio cuenta de que esta tipa no tenía nada de espectral. El valiente Juan, cual detective del más allá, desenmascaró a la llorona. Resulta que no era más que una simple ladronzuela que se aprovechaba del pánico colectivo para robar a los borrachos desafortunados.

Pero no iba a ser tan fácil para ella, porque después del encuentro con Juan, se armó un escándalo legal que estuvo más entretenido que una novela de la tarde.

Ésta historia, es uno de los recuerdos que mi querido abuelo, Juan Gante, me relata una y otra vez en las noches de terror. Nos recuerda que no todo lo que parece un fantasma lo es, y que los misterios de la noche pueden ocultar peligros mucho más tangibles. Gracias a él, Totolapan pudo volver a sus noches de cantina sin miedo, la llorona se desvaneció, pero su espíritu dejó una huella en la memoria de Totolapan: recordándoles que el verdadero terror puede residir en las sombras de lo cotidiano.

LA CASA

Segura Hernández Diego Mauricio

Manuel:

Te escribo porque en estos momentos debes ser la única persona en la que puedo confiar. Necesito tener un poco de cordura. Por favor, créeme, porque yo apenas creo en mis propias palabras al momento de escribirlas. Supongo que está de más pedirte que no lo compartas con nadie. Tampoco pidas respuesta, no las tengo; las he buscado, y solamente encuentro más preguntas. Dios, sabes que es así.

Hace seis meses pensaba que tenía una vida de lo más normal y sin muchos problemas, pero de un momento a otro, todo cambió. Cuando menos lo esperaba, cuando pensé en tener un nuevo lugar para comenzar otra vida, solo faltó estar en el momento y el lugar equivocado para que todo se dañara por el mal y la oscuridad que habita en cualquier lugar, por esa maldad pura que está cerca sin que nos demos cuenta.

Quise alejarme de lo cotidiano, la vida de la ciudad, así que ahorraré por mucho tiempo para poder comprar una casa alejada de todo y fue así como llegué a un pueblo fuera de la ciudad. Eran casas de dos pisos, discontinuas una de la otra, con amplios pasajes entre ellas y

avenidas de entornos verdes. Parecía el lugar ideal para vivir. Los dueños de las otras casas eran mayores, y parecía que la localidad tenía bastantes años.



La casa que pude comprar no era la excepción: muy bonita y tranquila. Pero duró muy poco. Desde que llegué, todas las noches se escuchaba un ruido parecido al “tic tac” de un reloj. Busqué el origen de ese sonido, pero jamás lo encontré. Me fui acostumbrando al ruido que todas las noches sería mi única compañía. Pasó de ser un simple ruido a la aparición de *algo* que se podía

notar por algunos segundos y, al voltear, desaparecía.

Hace un mes la pude ver. Era una mujer huesuda y mal vestida, su vestimenta era pálida, no podía percibir con certeza su color, no mostraba desgaste natural. Estaba de rodillas a un costado de mi cama con las manos en una extraña posición de oración, rezando por mí. Al verla, di un grito que hizo que esa *cosa* volteara. No tenía ojos, sus cuencas estaban oscuras, pero aun así sentí que podía verme.



Esa cosa me sonrió.

Me desmayé y desperté al día siguiente pensando que solo había sido un sueño, pero no era así. Cada noche pasaba lo mismo, pero siempre en lugares diferentes de la habitación: en la silla que estaba pegada a un costado de mi cama, en la puerta, me miraba fijamente y tan cerca de la cara que podía sentir su respiración. Pero no podía hacer nada. No me podía mover, mucho menos gritar. Solo rezaba y esperaba que desapareciera.

Así estuve por algunos días, hasta que una madrugada no la encontré en la habitación. Ella estaba afuera, caminando por el pasillo para llegar a las escaleras. El ambiente se sentía diferente. Esa vez decidí seguirla y fue lo peor que pude hacer. Al llegar a las escaleras, ya no era la mujer que todas las noches rezaba por mí, era un hombre inmóvil, desnudo, que solo llevaba puestos unos calzoncillos y, a la vez, mostraba un rostro furioso, con una mirada que jamás podré olvidar.

De la nada se movió. Extendió las manos, mostrando sus heridas y quemaduras mientras sangraba aquella cortada tan profunda en su garganta. De un momento a otro la cabeza quedó colgando de su cuerpo. Me gritó con odio: “¡ABANDONA LA CASA!”. Quedé inmóvil, no pude reaccionar. *Eso* caminaba lentamente hacia mí. Solo pude cerrar los ojos, e intenté correr a mi habitación. Ese pasillo que de tan solo dos recámaras se transformó en un pasillo sin fin.

Sentí que corrí horas para llegar a mi habitación para encerrarme. No pude dormir. Al otro lado de la puerta, se escuchaban los pasos de este hombre y, por momentos, tocaba la puerta y me decía: “*No estoy enojado, abre...*”. Jamás olvidaré aquella noche. Sé que no me vas a creer cuando leas esto, pero te pido de corazón que me ayu-

des... No quiero perder la casa que tanto esfuerzo me costó.

Tal vez si le pregunto a los vecinos, ¿me podrían dar respuestas? Hasta entonces...

SM.

OTRA CARTA

Al preguntar con los vecinos, no obtuve más que algo de los antiguos dueños: una familia (amorosa y con un niño pequeño, dijeron) que, de un momento a otro, desapareció. Algunos vecinos preocupados fueron a buscarlos dentro de la casa, pero solo encontraron los cuerpos sin vida en habitaciones diferentes, con cada encuentro más grotesco que el anterior. Manchas de sangre por todas partes y olor a putrefacción en cada rincón.

Al enterarme de esto, no pude aguantar mis ganas de llorar. Toda mi vida he sido un hombre temeroso y débil. Si quiero seguir y descubrir el origen de eso que toma la apariencia de esta familia que sucumbió ante el mal, tendré que ser valiente. Ayudarlos para que sus almas puedan descansar y purgar la oscuridad que tiene la casa. Nunca hice algo por nadie más, pero es el momento de intentar salvar a esta familia.

Deséame suerte,

SM.

OTRA CARTA

Busqué en las habitaciones algo que me pudiera ayudar a entender un poco mejor la situación que vivo día a día. Cuando ya me daba por vencido, encontré un pequeño crucifijo envuelto en un

trapo blanco. Cuando lo abrí, pacificó el ambiente, algo que dejé de sentir hace mucho. El crucifijo era de oro desgastado, probablemente por el tiempo, y tenía incrustaciones de piedras preciosas. Al momento de ponérmelo sentí que podría luchar contra *esa cosa* gracias a que Dios estaba de mi lado.

Aquel ser le temía al poder de este crucifijo. Tal vez encontré el objeto clave para poder purgar a ese ente que todas las noches me atormenta con mis miedos más profundos. “*Es mi turno de afrontarlo*”, creí. Pero con el paso de los días, el crucifijo ha perdido poco a poco ese poder. Buscaré ayuda con el padre de la iglesia, tal vez él sepa cómo vencerlo. Escuché que el padre es de Italia y que fue un exorcista, él sabrá qué hacer.

Te mantendré al tanto,

SM.

OTRA CARTA

Fui en búsqueda del Padre una madrugada de sábado lluvioso, que poco a poco se convertía en tormenta. Cuando llegué a la iglesia, él ya me esperaba. Con una sonrisa que daba calma y una voz tranquila me invitó a pasar. Me dijo su nombre y contó su historia: Simone Vicario, sacerdote veterano del Vaticano, dijo que participó en más de treinta exorcismos, y que cada uno de ellos se llevó una parte de él.

Al final decidió dejar aquella vida que lo consumió. Era un hombre de la tercera edad, con algunos problemas al caminar, y siempre apoyado de su bastón. Al contarle lo que vivo en esta casa, me negó su ayuda. La familia que habitó antes de mí también lo buscó,

intentó deshacerse de ese ente, pero no tuvo éxito; el pequeño crucifijo que traía en el cuello le pertenecía. Como fue bendecido por el Papa Nicolás, es una reliquia que se va heredando de exorcista a exorcista.

Pero su primer encuentro contra ese ser... lo perdió. Intentó contenerlo por otros métodos, pero ninguno funcionó. Tanta fue su frustración de no poder ayudarlos, que los dejó a su suerte. Unos días después, encontraron a la familia sin vida y le dieron la noticia. Me dijo que se arrepiente de lo sucedido. “*Tal vez si hubiera hecho más por ellos... esa familia seguiría viva*”, comentó y comenzó a llorar. Me pidió perdón por dejarlos.

Tanta fue mi insistencia que lo pudo convencer. Esa misma madrugada fuimos a la casa. Había una neblina densa alrededor. Al llegar al pórtico, la puerta se abrió por una voz gruesa que resonó por toda la casa: “*¡Los estaba esperando!*”. Entramos a la casa. El ambiente se sentía denso y pesado, nos costaba respirar. El padre Simone empezó a recitar oraciones en latín, haciendo que el ente se molestara. De repente, una habitación se abrió.

Decidimos ir a la recámara. Cuando llegamos, se veía un pequeño niño en la esquina del cuarto, dándonos la espalda, con un color de piel gris y cortadas tan profundas que se le podían ver los huesos, con una voz tan débil que decía “*¡Mamá...!*”. Lentamente, el niño volteó hacia nosotros, retorciendo la cabeza para mirarnos fijamente. Parecía que no tenía boca y los ojos rojos con un iris negro tan penetrante que se veían vacíos.

Despacio iba levantándose y al voltear a las paredes, otros niños salían a través de ellas, cada uno repitiendo lo mismo: “*¡Mamá...!*”. El Padre y yo no supimos cómo reaccionar; solo cerramos la puerta

lo más rápido que pudimos. El Padre, al ver esto, me ordenó salir de la casa y esperar a entrar hasta el amanecer del día siguiente. Yo solo obedecí. Su rostro mostraba tanta determinación por derrotarlo que sentía que sería la última vez que lo vería.

Al día siguiente entré a la casa. Todo se había hecho un desastre. Empecé a buscar al Padre. Para cuando lo encontré, se le había ido la vida con el crucifijo en la mano, en un charco de sangre, y al lado de su cadáver había escrito: *"No lo detuve"*.

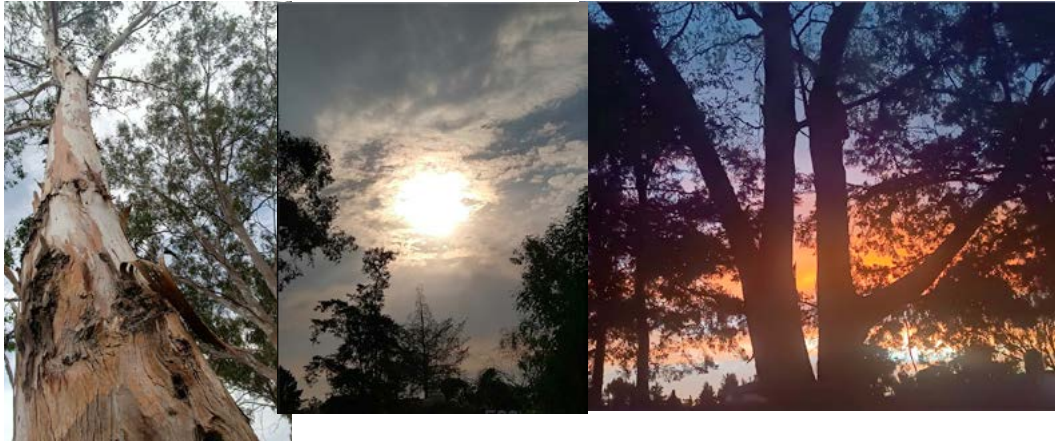
El Padre Simone no pudo ayudarlos, pero yo no me rendiré. Buscaré la forma de salvarlos a cómo dé lugar.

Te escribiré en otro momento. Intentaré afrontar esto, pero no sé cuánto tiempo podré aguantar. Busca ayuda, y cuando la tengas, ven a buscarme.

Te estaré esperando en la casa.

SM.





Memoria natural.
Nayelli Carolina Mestizo Orta

El sonido de las ramas con el viento ocupa tu nombre
 Los árboles son remembranzas de lo que fue
 Con cada amanecer empiezo a olvidar los detalles de tu rostro,
 ese que impartía luz cual luciérnaga en plena noche
 Partiste como las hojas en el otoño y los frutos en el invierno.
 Te fuiste como la última brisa de la primavera, te marchaste como
 flor marchita que aún estando seca, deja su aroma
 Estoy segura de lo mucho que me amaste; tus abrazos se sentían tan
 cálidos como un atardecer en verano.
 Estar contigo se sentía tan bien como un café en una noche de in-
 vierno.

Fotografías por:
 Oscar Martínez García
 Gabriel Ramirez Cabrera



La canción que está sonando te la dedico
 Pero solo te lo puedo decir con la mirada
 Hago lo posible para no entrar en pánico
 Un grado más y desaparezco evaporada

Te conocí un poquito y siento que te quiero
 Es complicado, solo siento una corazonada
 Velozmente el sentimiento me hizo prisionero
 Recien te conozco y ya estoy enamorada

En este momento que el mudo se detenga
 No quiero que este sueño sea interrumpido
 Deseo que el tiempo un poco se entretenga
 Para ver si a usted también le atina cupido



Cadáver Exquisito

Tinta Derramada

Cierra la boca y no metas más mierda en ella
no la quieres, no la necesitas
sólo se guarda en su templo
para después barrerla y tirarla
la nostalgia lo persigue hasta el fin de sus memorias, deseando
escapar junto con el olvido tan crudo como su amor.

Te quiero perdonar, pero a mi ego nos vas a calmar, te quiero
hablar, pero a mi corazón no vas a reparar, mi alma te desea,
pero la voz en mi cabeza no lo deja

La distancia que abruma, opaca, consume y cansa que desvanece
cada palabra, cada abrazo y sentimiento que termina desaparecien-
do en el fondo de un sonido negro lleno llanto y gritos que al final
se convertiran en el ahogo tan poderoso en un vaso de agua.

Después lo comprendí, tu olor putrefacto,
el cigarro que sólo te calentaba,
ya no había la necesidad de comer,
pues todo el tiempo te alimentabas
de tus solos pensamientos en contra de vivir.

Y es que ya no mido días,
el tiempo no dura, no corre,
me guió no por minutos o segundos,
mi tiempo pasa en gritos astillas
y dolores atorados en la tráquea.

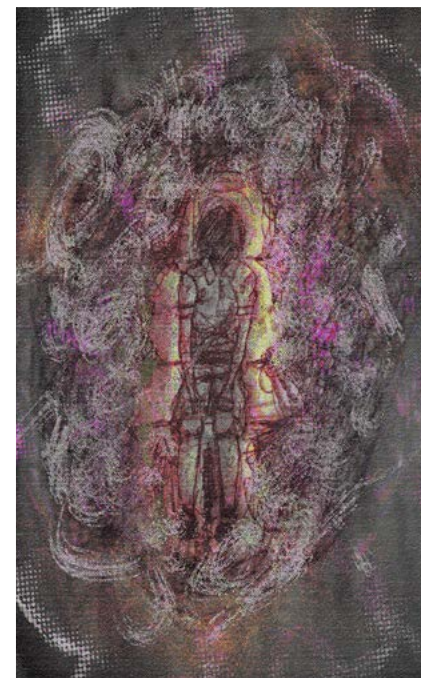
Violar a un ruiseñor

Abigail Hernández

Daban las 3 con 25 de la tarde, cuando el sol de verano daba caldez al patio de dicha escuela donde dos niños jugaban, sus almas inocentes correteaban un balón mientras gritaban y se carcajaban a cada burla y patada. Si bien ante la ley eran sujetos conscientes de sus acciones, no siempre son conscientes del ambiente en el que se encuentran.

O al menos ese suponía ser el caso de Emma, una niña sonriente y feliz. Aficionada por las artes y los deportes. No era buena en la escuela, pero eso no parecía importarle a don Arturo, su padre, quien estaba consciente que su única hija era una inepta para las materias establecidas en la escuela. Podía aceptar un 6 en matemáticas o en ciencias naturales, pero jamás un nueve en educación física o artística.

Mientras Emma corría en el patio justo detrás de Alonso, su mejor amigo, se podía escuchar el motor de un Stratusclásico deportivo de los 90's. Emma reconoce ese sonido de motor 133 CV, ya que su padre es el único que pasa por ahí que tiene ese auto. Y efectivamente, al verlo estacionar la carroza dorada en la banqueta de enfrente, siente que se le paraliza el corazón y cada músculo del cuerpo se le tensa. Detesta ver descender una camisa de Zara sin fajar y unos pantalones caqui de ese bendito auto, porque de inmediato le duelen las piernas y le dan ganas de salir corriendo lo más lejos posible. Pero sin duda lo que más le enferma es tener que dejar su juego para correr a abrazar al hombre con lentes de aviador y una sonrisa simpática y agradable, y fingir que lo quiere mucho y que lo extrañó.



—Vámonos Emma, agarra tus cosas.

Le grita don Arturo sin despegar la mano derecha de la puerta del carro dorado que sigue encendido.

—Ya voy papá.

Contestó ella desde el patio de juegos, mientras toma su mochila de gatos y se despidió de Alonso, un niño gordito y güero que siempre está a su lado.

Emma cruza la banqueta mirando a los dos lados, y luego de despedirse con la mano una vez más, se sube en la parte trasera del coche. Su padre vuelve a entrar, cierra la puerta, mueve la palanca de cambios, y su sonrisa desaparece, justo como la de su hija.

Emma apenas mira el retrovisor siente un nudo en la garganta. Unos ojos negros sin brillo ni profundidad le examinan de arriba abajo, paseando con descaro y cinismo las piernas de la niña, la cual, por reflejo, se baja la falda y se sube las calcetas lo más que puede.

—¿Por qué haces eso? ¿Me tienes miedo o qué? —Preguntó con una voz grave y golpeada, mientras su ceño se fruncía y los ojos se le oscurecían cada vez más.

—No... Es que tengo frío —Le respondió con un hilo de voz que apenas era audible para sí misma.

Le dolía la garganta, sentía el cuerpo pesado y la espalda adolorida, le temblaban las piernas y el párpado le saltaba por la ansiedad. Ver cómo se acercaban cada vez más a su calle le llenaba de miedo y las ganas de gritar la invadían con cada metro recorrido. Se aferraba a su mochila como si un absurdo objeto le fuera a proteger.

—¿Vas a regresar al estudio?

—No, primero vamos a tragar y ya después me voy a una entrevista.

—Ah, está bien.

El auto se detuvo frente a un edificio de departamentos, largo y de color crema con las vigas pintadas de gris. Hacía calor, un calor tan agradable que hasta los colibríes se acercaban al árbol de jacarandas que había a un lado. Pero a pesar de lo alegre que se veía el día, ella no estaba feliz. El anaranjado de la tarde era per-

cibido como gris en su alma daltónica, que quería escapar de su cuerpo apenas sintió la mano de su progenitor sobre su hombro.

Con pereza y cansancio, ambos subieron las escaleras hasta el tercer piso, saludando a uno que otro vecino que trataba de hacerle plática a don Arturo, la cual él desviaba con habilidad y se despedía con una sonrisa. Ya estando dentro del departamento, Emma ponía la mochila en el perchero y se iba lo más pronto posible a su cuarto, o eso pretendía hacer hasta que unas manos adultas la agarraban por la cintura y la aventaban al sillón café de cuero de la sala, de esos que hacen ruido cuando uno se sienta.

—¿Me tienes mucho pinche miedo? ¿Qué te da miedo escuincala? —Le susurró la asquerosa voz de su papá, el cual la obligó a ponerse de rodillas en la alfombra gris y le pegó la cara a la cremallera de su pantalón. Pero aun con todo eso, la niña no dijo nada.

—Contesta, ¿mucho pinche miedo?

—No...

Se sentía asquerosa, se sentía sucia. Sentía que sus manos estaban sucias con cada botón que se desabotonaba de la camiseta del uniforme. Sentía su boca sucia y apestosa cada que daba una lamida a ese asqueroso pedazo de carne -que ni tan grande era-. Le entraban ganas de vomitar cada que su progenitor le daba instrucciones de qué hacer. Pero no se revelaba, ya no hacía nada. Después de seis meses de pelear, después de hacerlo diario aprendes a quedarte callada y simplemente hacer caso a lo que te dicen. Después de tanto llorar y patear, se te acaban las fuerzas y dejas de intentar salir corriendo. Solo queda acostumbrarse y quedarse callada, aguantar los cinturazos y los jalones de caballo, las cachetadas y las nalgadas y fingir que no sientes nada.

A Emma ya solo le quedaba aguantar las lágrimas lo más que pudiera, porque ya ni las súplicas le ayudarían.

—¿Te gusta?

—Aja...

Se había convertido en un pequeño robot que contestaba lo que su programador quería oír. Que solo dejaba salir ciertos sonidos obscenos de su boca cuando sabía que la tortura estaba por terminar, y que

cuando por fin culminaba, se levantaba a duras penas y se iba al baño, cerraba la puerta con llave y se escondía hasta que su padre se iba.

Una vez que el departamento quedaba en silencio, solo podía respirar. Solo en esos instantes de alegría abría las ventanas, ponía caricaturas, cantaba y jugaba como cualquier niña de su edad. Solo cuando el dragón salía, la princesa era feliz, era libre. Era ella misma.

Cada día era la misma maldita rutina. Su padre recogía a la niña de la escuela, firmaba autógrafos de gente que lo reconocía por la calle, jugaba a ser el padre modelo y frente a la gente consentía a Emma con regalos y juguetes. Pero detrás de la puerta del departamento, todo se volvía un campo de concentración para la niña. Un zapato de Lacoste se veía elegante y formal, pero Emma conocía que su punta dolía al contacto con las costillas. Un saco Giorgio Armani lo ponía una posición más arriba que cualquier otro padre de familia en su salón, pero ese saco tirado en el suelo de su cuarto solo le generaba repudio.

Pero la paciencia del ser humano no es eterna, y el valiente vive hasta que el cobarde quiere. Emma ya estaba harta. Estaba cansada de que su flor ardiera cada que entraba en contacto con el agua o hacía sus necesidades, las piernas le dolían y repudiaba las marcas de manos en sus muslos, y sobre todo no podía seguir soportando que su único lugar seguro fuera la escuela.

Una mañana de clases, la profesora tocó el tema de la violencia en el hogar, la importancia de la denuncia y sobre alzar la voz, y aunque el tema era explicado de la manera más simplificada para que los niños entendieran, Emma memoraba en su cabeza su realidad diaria, y eso le quemaba por dentro. Si dolor fue tanto que se le escapó de los ojos y cuando menos se lo esperaba, ya estaba sollozando entre el silencio sepulcral que sus compañeros crearon al girarse a mirarla.

Evidentemente, su maestra notó que algo no estaba del todo bien, y aunque la niña se justificó mintiendo con un dolor de cabeza, le sacó la verdad a base de insistencias. Cuando por fin se liberó del peso que cargaba, su profesora le prometió ayudarle, le dijo que encontrarían la solución a su problema y que podría superar esta negra experiencia de vida.



La profesora acordó que la iría a recoger a su casa a eso de las seis para ir al ministerio público, y por primera vez, Emma se encontraba emocionada de ir a casa, y mientras iba en el estratus, se atrevió a mirar por la ventana después de tanto. Su pequeña alma daltónica ya podía ver los bellos tonos verdes de los árboles y el cielo azulado de un color más vivo y alegre.

Como cada tarde, don Arturo dispuso del cuerpo de su hija para satisfacer los deseos carnales que le nacieron desde el momento en el que la madre de la niña lo abandonó, y de nuevo, sus manos enfermas toquetearon el cuerpo de la infante hasta dejarla sin color en la piel. Pero algo fue distinto. Mientras se colocaba los pantalones, escuchó a la niña correr a la cocina y tomar el teléfono de la casa. Desesperado, levantó la bocina del teléfono fijo de su cuarto y escuchó la llamada entre Emma y su maestra.

—Ya casi se va, se estaba cambiando.

—Perfecto, en cuanto se valla me vuelves a marcar y voy por ti. ¿Ya tienes tu mochila lista? -Si, encontré los papeles en una carpeta vieja, están todos los que dijo que estaban. -Entonces ya está, nos vemos en una hora Emma.

—Gracias miss Carmen.

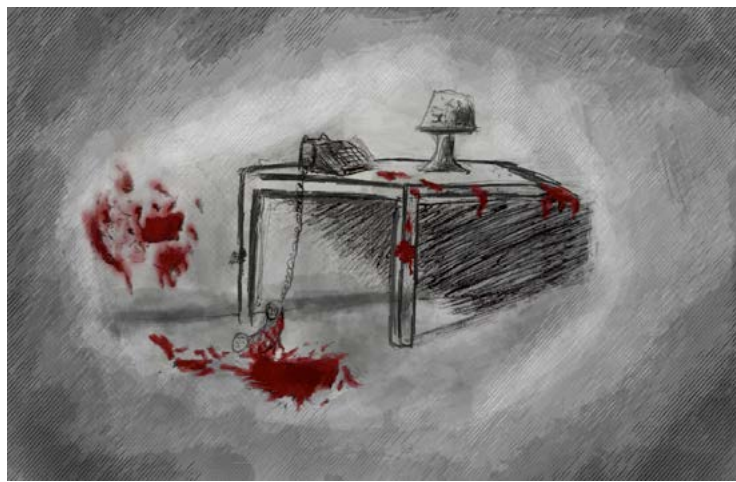
Apenas Emma colgó el teléfono, un latigazo en sus piernas la hizo caer al suelo con un fuerte alarido de dolor el cuál se transformó en varios al momento que las patadas le caían como gotas de lluvia y su cuerpo se encogía en el suelo manchado de lágrimas y de pequeños brotes de sangre.

—¡¿CON QUIÉN CHINGADOS ESTABAS HABLANDO?!
¡¿A QUIÉN LE PEDISTE PERMISO PARA SALIR?! ¿TE

CREES MUY CHINGONA PARA
ESTAR HACIENDO LO QUE TU
PERRA GANA SE TE DÉ? POR
MI TRAGAS ESCUINCLA MALA-
GRADECIDA.

La voz de don Arturo aturdía a la niña que se arrastraba por el suelo del departamento buscando cubrirse de los golpes, apenas se ponía de pie y él la volvía a tirar de un puñe-

tazo para después bañarla en patadones y pisotones. El infierno paró hasta que su pequeño cuerpo se había pintado de carmesí y sus sollozos eran fantasmas en su garganta. El hombre le propició una última parada en la cara y le escupió en el pelo, le levantó la



mandíbula y le miró con desprecio a los ojos de quien hace apenas unos años, había exclamando su nombre como primera palabra.

—Que no se te olvide que por mí tragas pendeja, que te quede muy claro que sin mí no eres nada. Pinche niña malagradecida.

Don Arturo salió de la casa, cerró la puerta con seguro y bajó con toda tranquilidad a su adorado auto para irse a trabajar. En el interior del departamento, Emma se levantó a duras penas y cojeó hasta el cancel del la cocina abrió la puerta y se recargó en el barandal del balcón. Las piernas le flaquearon y las fuerzas abandonaron su cuerpo porque cuando apenas recargó su cuerpo en el balcón tropezó torpemente y cayó como plomo en el cofre de aquel Stratus dorado. En la banqueta la maestra observa aterrada lo ocurrido, el cuerpo de una niña de seis años yace ensangrentado y frío sobre el cofre de un auto, dicho cuerpecito ya sin vida está lleno de golpes y patadas, con heridas abiertas y sin ropita interior, pero el dañado rostro de la infante es cuna de una sonrisa agradecida que sin palabras exclama al viento “por fin soy libre”....

Porque no puedo -El Hacedor de Viudas-

Porque no puedo
Porque no puedo escribir serio
Si tan sólo quiero dar a entender
algo

Que en mi mente ronda,
Camina
Y anda divagando

Si yo sólo me quiero expresar
Y si, tal vez esté drogado
Alcoholizado
Y un poco triste

Pero eso me ayuda más
Es como intentar buscar el opio de
Pessoa

Aquel que me calme
El que mantenga atento
Y el que me haga escuchar lo real

Pero lo real verdadero
No lo que me cuenta un pajarito
No lo que me cuenta el viento
Ni lo que me dicen los miedosos

Miedosos que como yo
No hacemos lo que queremos

Por miedo a lo real
Y a lo que no puede pasar

Miedo a la nada

Que definiendolo
Realmente lo es todo
Aunque no tenga las palabras para decirlo

Nada quiero
Nada doy
Y sin nada existo



Abrazando mis recuerdos

Si abrazo la noche,

sin que me abrace a mi.

Si abrazo mis recuerdos,

sin que mi futuro lo haga por mi.

Si este inmenso y profundo hueco me
absorbe en un espiral lleno de nostalgia,

dónde la avenencia sea quimérica y jamás poder encontrarla

Decir adiós, es amar.

Soltar, es amar.

Abrazar, es amar.

Abrazando se toca el alma y se ama.

No quiero dejar de abrazar mis recuerdos.

¿Pero quién me abrazará a mi?

¿Quién me enseña que amar es soltar?

¿Quién me enseña a soltar?

Texto e Ilustración por
Barbara Torres

